

LA AMISTAD EN ELREDO Y AGUSTÍN²⁹²
Una gracia de dios

*Tenía frecuentemente entre sus manos “Las Confesiones”
de Agustín, pues ese libro había sido para él como
un guía en el momento de su ruptura con el mundo*²⁹³.

San Agustín y la caridad

San Agustín ha marcado e influenciado mucho a los Padres cistercienses. Pero los ha marcado en diferentes grados, con más o menos fuerza, según la personalidad de cada uno, su experiencia de conversión y de vida monástica, su búsqueda personal de Dios, de verdad, su sed, su deseo de Dios, de amar y de ser amado. Elredo ha sido influenciado por las *Confesiones*, y ha concebido su doctrina de la amistad espiritual, entre otras, según las experiencias de la amistad y del amor de Agustín, pues esas experiencias hacían eco a las suyas. Como él, Elredo conoció el vagabundeo, los fracasos y la gracia; él peregrinó de un amor a otro, durante mucho tiempo no se decidió a reconocer la verdadera sed de amor que lo habitaba, prefirió estar atado por la libertad ilusoria que da el ejercicio de la voluntad propia mal ordenada.

Nada me deleitaba entonces fuera de amar y ser amado. Pero no guardábamos compostura y pasábamos más allá de los límites luminosos de la verdadera amistad que va de un alma a la otra. De mí se exhalaban nubes de fangosa concupiscencia carnal en el hervidero de mi pubertad; y de tal manera obnubilaban y ofuscaban mi corazón que no era yo capaz de distinguir entre la serenidad del amor y la niebla de la sensualidad [...] Entre mis fornicaciones ¿quién podía poner orden a mi miseria...?²⁹⁴

Elredo establece lazos de semejanzas, correspondencias con su itinerario personal, animado por la misma sed de amar y de ser amado. Para san Agustín amar y ser amado es una facultad humana y divina que crea lazos con Dios. Es el amor lo que da un sentido a la vida. Por eso, el único verdadero amor es el amor de Dios, pues todo comienza con él. Dios es amado a través del amor que dirigimos a otro porque ante todo nuestro amor se dirige hacia Dios. De este modo, la causa por la cual debemos amar a Dios, es Dios, y la medida, es amarle sin medida. Dios mismo ha definido el amor por medio de los dos mandamientos que da al Pueblo de Dios: *Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y a tu prójimo como a ti mismo (Dt 6,5)*. Sobre la definición de la caridad Agustín ha modelado la de la amistad:

Dichoso el que te ama a Ti, y a su amigo en Ti, y a su enemigo por Ti²⁹⁵. La única verdadera amistad es la que tú cimentas entre dos seres unidos entre sí gracias a la caridad derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado²⁹⁶.

Así, uno ama a su amigo en Dios y a su enemigo a causa de Dios, en los dos casos amamos en relación a Dios. Podemos citar un texto del *Espejo de la Caridad* que puede servir de comentario a esta concepción agustiniana de la caridad y de la amistad fundada sobre el mandamiento divino del amor :

²⁹² Artículo publicado en *Collectanea Cisterciensia* 68 (2006) pp. 48-58, traducido del francés por la Hna. Ma. Eugenia Suárez, osb, de la Abadía Ntra. Sra. de la Esperanza (Rafaela, Pcia. de Santa Fe, Argentina).

²⁹³ WALTER DANIEL, *Vita Aelredi* 42,3.

²⁹⁴ *Confesiones* II, II, 2-3.

²⁹⁵ *Confesiones* IV, IX.

²⁹⁶ *Confesiones* IV, IV, 7.

Con razón, pues, la Ley divina puso como primero y principal mandamiento de amor a Dios el que dice: “Amarás al señor tu Dios”. Pero cuando nos hayamos posesionado de este beatífico bien, cada uno lo disfrutará con arreglo a su propia capacidad, y todos juntos serán capaces de gozarlo más que cada uno en particular. Sin duda, la misma felicidad estará más acumulada si lo que el menos capaz no puede tenerlo en sí mismo, puede empezar a poseerlo por medio de otro. Pero su bien no será del otro si no lo ama en el otro, y esto será imposible si no ama también al otro. Por tanto, de manera muy conveniente la autoridad divina proclama el segundo precepto: “Amarás a tu prójimo”.

Dios será nuestro sumo bien en sí mismo, en nosotros y en los demás. [...] Y para que el bien del prójimo nos cause tanto gozo como el propio, con razón se añade: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”²⁹⁷.

Así pues, es necesario amar en relación a Dios, pues es el amor de Dios el que ordena nuestro amor al prójimo, porque el amor de Dios comienza por ordenar nuestra capacidad de amar –dilata nuestro corazón para que podamos amar incluso a nuestros enemigos–, porque orienta nuestro deseo de amar en la verdad.

Si te agradan los cuerpos, alaba a Dios por ellos y dirige tu amor hacia su artífice para que no le desagrades en las cosas que te agradan. Si te agradan las almas, ámalas en Dios, porque también ellas son inestables, pero fijadas en Él se estabilizan, sin lo cual pasarían y perecerían. ¡Que sean, pues, amadas en Él! y a las que puedas, arrástralas contigo hacia Él y diles: Es a Él a quien debemos amar. Es Él quien hizo estas cosas y no está lejos. Pues no las hizo para marcharse luego, sino que habiendo salido de Él, en Él permanecen. Donde Él está, la verdad adquiere sabor: en lo íntimo del corazón. [...] El bien que aman viene de Él y no es bueno y suave sino en cuanto está ordenado a Él²⁹⁸.

El ejercicio de la caridad nos permite entonces tomar conciencia de la presencia del amor en nosotros, en el prójimo, darnos cuenta de la presencia de Dios en nuestro corazón. Como lo muestra Elredo en *El Espejo de la Caridad*, al final del libro III, esta presencia transforma nuestro corazón en “arca espiritual”, es decir en lugar de salvación durante nuestra peregrinación sobre la tierra.

Como antes dijimos, es verdaderamente necesario que este doble amor con el que atendemos a nuestro propio bien y nos unimos por puro afecto a nuestros prójimos, sea sostenido también por algo del amor divino. Para poder conocer este doble amor de Dios, el mismo amor nos mueve y nos impulsa, según aquello de que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros²⁹⁹.

San Agustín y la amistad

San Agustín no ha escrito ningún tratado sobre la amistad, pero ha hablado de ella, en particular en las *Confesiones*, donde nos relata sus experiencias. Para Agustín, la relación con el otro es en primer lugar una experiencia; la amistad, esa “esa forma santísima de la caridad”, se experimenta. Solamente la vida puede hablar verdaderamente de la amistad así como solamente nuestra vida puede hablar verdaderamente de Dios.

De experiencia en experiencia, Agustín, como Elredo, ha pasado de las tinieblas a la luz del amor: de la camaradería (“amistad enemiga³⁰⁰”) a la amistad humana (“dulce por elpreciado nudo entre muchas almas³⁰¹”); de la amistad carnal con aquel cuyo nombre no nos dice Agustín, al que llamó “el amigo desconocido”, el amigo que él jamás ha conocido verdaderamente, a la amistad espiritual con Alipio a quien Agustín llama su “amigo de corazón³⁰²”; de la comunidad

²⁹⁷ ELREDO DE RIEVAL, *El Espejo de la Caridad* III, 27-28, Azul, 1982, pp. 199-200 (Padres Cistercienses, 9) [en adelante citamos como *Espejo*]

²⁹⁸ *Confesiones* IV, XII, 18.

²⁹⁹ *Espejo*, III, 13, p. 191.

³⁰⁰ *Confesiones*, II, III, 8.

³⁰¹ *Confesiones*, II, V, 10.

³⁰² *Confesiones*, IX, IV, 7.

de amigos (cuando Agustín era estudiante en Cartago) a la fraternidad de Cassissiacum. Cada tipo de relación, más o menos íntima con el otro, que mantuvo Agustín correspondió a un estado de vida y de conversión, a una nueva etapa.

Agustín ha trepado la escala de la amistad por la cual se sube hacia Dios, al encuentro del prójimo. Yo tomo esta imagen de la escala que Elredo utiliza en *La Amistad Espiritual*, pues amar supone que uno trepe una montaña: la montaña de los propios sentimientos y deseos, es decir, que vayamos más allá de lo que experimentamos. A menudo son nuestros sentimientos los que nos impiden amar pues, ya sea que amemos en función de lo que nos agrada, ya que no amemos por causa de lo que nos desagrade, el humor es el barómetro del amor cuando amamos en función de los sentimientos experimentados. Esto es lo que Aristóteles llama “la amistad accidental”, la que se establece por razones de placer y de utilidad, y en consecuencia no dura ni tiene estabilidad. Los sentimientos cambian con los cambios del hombre, con el va-y-ven de sus deseos, de sus necesidades...

Desde el momento en que los amigos ya no agradan o son útiles el uno al otro, dejan de ser amigos³⁰³.

Subiendo los escalones de la caridad, a la manera del monje benedictino que trepa la escala de la humildad, él ha subido en sí mismo descendiendo de sí mismo y en sí mismo, abandonando su voluntad propia, al encuentro de Dios que lo habita, al cual se ha unido. Y unido a Dios, se ha unificado (la concupiscencia trae consigo la división). Al acercarse a Dios, es decir, al volverse el compañero de su huésped interior, ha recibido los dones del amor de Dios y del prójimo. El libro de las *Confesiones* traza esas etapas de descenso y de subida superadas por la gracia y nos revela cómo ha conocido Agustín una transformación del corazón: cuanto más se aproximaba Agustín a Dios, más éste lo reajustaba en sus relaciones con el prójimo. Agustín ha cultivado siempre la amistad, pero en un primer momento ha seguido sus instintos que lo han alejado de la verdad, y el descubrimiento de esta verdad que es Dios lo ha unido a los demás en el verdadero amor. La búsqueda de la amistad, en el obispo de Hipona, es una búsqueda de la verdad, de Dios.

En el libro IV de las *Confesiones*, hay un relato central que cuenta una historia íntima de amistad que Agustín califica de “dulzura para mí, más allá de cualquier dulzura de mi vida³⁰⁴”. Esta historia nos muestra cómo se ha volcado Agustín de la concupiscencia a la dilección, cómo ha experimentado una conversión del corazón. Después de un año de relación “muy afectiva”, más bien empalagosa y prosaica, una relación de muchacho que busca emoción y sensualidad, sin ninguna consideración hacia Dios, la muerte arrebató al amigo de Agustín, sumergiéndolo en una especie de noche y de soledad de corazón, en el corazón del mundo.

Ese dolor ensombreció mi corazón y cuanto veían mis ojos tenía el sabor de la muerte. Mi patria era mi suplicio, la casa paterna un espacio de extraño infortunio; todo lo que había tenido en común con él, sin él se había transformado en cruel tortura³⁰⁵.

Agustín es asaltado, interiormente, por una especie de culpabilidad, pues se había burlado de la fe de su amigo, que había recibido el bautismo en un estado grave de inconsciencia. Además del sentimiento de culpabilidad que lo habita, Agustín experimenta la angustia, una especie de angustia existencial. La ausencia del amigo despoja al mundo de todos sus atractivos fútiles a los cuales estaba apegado, la ausencia le abre los ojos. Como ya no le encuentra sabor a la vida, la vida pierde su sentido. Es la prueba más grande de Agustín³⁰⁶. La prueba de la pérdida de su madre será otra cosa, pues Dios está en su prueba. En su dolor, Agustín no se hunde en la

³⁰³ ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, VIII, III, 3.

³⁰⁴ *Confesiones* IV, IV, 7.

³⁰⁵ *Confesiones*, IV, IV, 9.

³⁰⁶ Elredo conoció una prueba semejante, la prueba de la angustia de la vida, no por la pérdida de un amigo sino a causa de la pérdida del gusto de la vida, pérdida suscitada por la mirada que tiene sobre su vida y sus costumbres, por el descubrimiento de que ninguno de sus deseos ha colmado su sed interior, sino más bien ha excitado su sed, por el descubrimiento de su rostro desfigurado por el mal uso que ha hecho del amor... Elredo comprendió que, como Agustín, había arrojado por sí mismo a Dios de su vida, de su paraíso personal.

desesperación. Después de su conversión Agustín vuelve a visitar su historia, recorre el camino de su vida pasada y vuelve a pensar en esta amistad, en el sufrimiento que experimentó. Releyendo este episodio capital de su vida, descubre los sentimientos que lo habitaban, la concupiscencia que motivaba su amor, su atracción. Se da cuenta de que amar es el sentido de la vida, que el amor es frágil, que lo que lo hace perdurar, incluso en ausencia del amado, es Dios, garante de la amistad, pues Él es la verdad. El amor se construye sobre la verdad que es la roca de la vida. Esa roca es Cristo.

Toda la doctrina de la amistad de Elredo tiene aquí su punto de partida. Su tratado comienza así: “He aquí que estamos tú y yo. Espero que el tercero entre nosotros sea Cristo”, comienza poniéndose en presencia de Dios, con una especie de llamado o de invocación implícita. Elredo establece la base de su doctrina trinitaria de la amistad y sobre esta base construye sus argumentos. *La Amistad Espiritual* de Elredo es un Evangelio de Dios: Dios se presenta como el único que hace único a todo ser, íntima y divina a toda relación. Su doctrina hace entrar a Dios en el paraíso de nuestro corazón. Ella lo rehabilita en su justo lugar, en “el arca espiritual de nuestro corazón”.

La importancia de la verdad, de Cristo, “el tercero entre los amigos”, subraya el verdadero papel de Cristo: él está en medio de los amigos para ordenar los sentimientos naturales, apartarlos de las apetencias desordenadas, gracias a lo que él es. Cristo es el garante de la pureza de corazón y de las intenciones que nos habitan.

Esto es lo que se ama en los amigos; y de tal manera se ama, que la conciencia se siente culpable cuando por parte del amado al amante y del amante al amado no existe una reciprocidad, sin exigir del cuerpo del amigo otra cosa que signos de afecto. (Por eso), dichoso el que te ama a Ti y a su amigo en Ti... Tu ley es verdad y la verdad, eres Tú³⁰⁷.

San Elredo, la sombra luminosa de san Agustín

La experiencia agustiniana de la amistad, descrita en las *Confesiones*, es muy importante, pues nos permite descubrir y distinguir tres clases de amistad y sus frutos. Es por su fruto que reconocemos la verdadera amistad, por el fruto de la caridad reconocemos al verdadero discípulo. El fruto del amor, como el fruto de la amistad, revela lo que se oculta en nuestro corazón, o más bien, “quien” se oculta en él: Cristo o el yo egoísta. En *La Amistad Espiritual*, Elredo, que ha conjugado su experiencia con la de san Agustín, nos describe esas diferentes amistades que son: la amistad carnal, la mundana y la espiritual. De hecho, él nos describe las diferentes maneras de cultivar la amistad y, como guía de nuestra afectividad, se propone ofrecernos los medios para discernir las amistades que no tienen más que “la apariencia de amistad”.

Cada especie de amistad, “la amistad pueril” “que proviene de la concupiscencia carnal”, la amistad “provocada por la consideración de una ventaja cualquiera”, está motivada por una búsqueda personal cuya buena orientación depende de la verdad, es decir del uso que hagamos del amor. Si busco a Dios, no buscaré mi propio interés. Si busco el provecho, el placer, me apartaré de Dios y, en consecuencia, del amor, de la verdad.

El consenso en los vicios engendra la [amistad] carnal; la mundana se enciende en la esperanza del lucro y la amistad espiritual aglutina a los buenos por la semejanza de vida, costumbres e ideales³⁰⁸.

La primera, explica Elredo, sigue los caprichos de la afectividad³⁰⁹, la segunda “cambia según la fortuna y va detrás de la bolsa³¹⁰”, la tercera es “verdadera³¹¹”, es “semejanza de vida,

³⁰⁷ *Confesiones*, IV, IX, 14.

³⁰⁸ ELREDO DE RIEVAL, *La Amistad Espiritual*, I, 38, Azul, 1982, p. 280 (Padres Cistercienses, 9) [en adelante citamos como *Amistad*].

³⁰⁹ *Amistad*, I, 39, p. 280.

³¹⁰ *Amistad*, I, 42, p. 281.

³¹¹ *Amistad*, I, 45, p. 281.

costumbres e ideales, que no es otra cosa que el consenso en las cosas humanas y divinas, con benevolencia y caridad³¹²”.

Walter Daniel, en su *Vita Aelredi*, nos revela que Elredo amaba la obra de san Agustín y le profesaba una especie de culto. Hasta su muerte poseerá el libro de las *Confesiones*, lo leerá y comentará a sus hermanos. Él lo legará a su comunidad como un tesoro y como su propio testamento. La autobiografía del obispo de Hipona traza el camino de su conversión interior, de su conversión de vida, de corazón. Es fácil constatar que el “doctor de la gracia” se ha convertido a la vida monástica. San Agustín no sólo buscaba a Dios, sino un ideal de vida comunitaria que procure la felicidad, en la cual el ser se realice, porque en la comunidad es donde podemos estar verdaderamente al servicio de Dios, es en la compañía de los otros donde se encuentra a Dios. Agustín buscaba cómo amar, porque es así como encontramos a Dios. Dios se ve, se reconoce en el amor que se da y que se recibe. Y experimentamos el amor desde el momento en que moramos en Dios, que vivimos para Él, por Él; desde el momento en que el hombre cambia sus debilidades por la gracia... Si Dios ha asumido nuestra condición humana, es para que nosotros nos revistamos del hombre nuevo, que asumamos su divinidad; si Dios ha amado tanto al mundo, es para que el hombre ame tanto como es amado por Dios, en toda verdad, de manera radical, en permanencia, en fidelidad. Es el amor el que nos une a Dios. “Si Dios es caridad, si es necesario que la caridad esté en nosotros para que lo conozcamos, la caridad tiene que ser dada necesariamente por Dios”, escribe Gilson. “Nadie ha visto jamás a Dios, pero si la caridad está en nosotros, es que Dios permanece en nosotros³¹³”. Él está allí, sensible al amor que damos y al que recibimos, al lugar que concedemos al amor en nuestras relaciones.

Elredo fue seducido por Agustín, por sus palabras formuladas con belleza y armonía, con calor humano y presencia: él se reconoció en el estilo literario de las *Confesiones*, en ese libro de la experiencia de la vida. Esta es la razón por la que Elredo “imitó” a Agustín, identificándose tanto con lo que Agustín ha vivido y pensado de la existencia como con la manera como ha dado su testimonio viviente. En sí misma, su obra autobiográfica es un oficio divino, es una celebración, una alabanza de Dios, de sus maravillas, una acción de gracias. Celebra un encuentro único, íntimo.

Pero Agustín no era un doble en el cual Elredo se hubiera reconocido, era más bien un espejo en el cual se ha visto y ha reconocido su propio camino interior. Elredo no es, entonces, otro Agustín. Elredo no ha representado el papel de Agustín en su vida de monje, sino que Agustín ha sido un modelo (deberíamos decir un *semejante*, un *allegado*) que Elredo utilizó precisamente para ser él mismo: Elredo de Rieval. Ocho siglos separan a los dos hombres, y sin embargo ellos aparecen estrechamente unidos a causa de su itinerario común y único de conversión y a causa de su semejanza literaria.

Elredo ha tomado muchas cosas del autor de las *Confesiones*. Él ha retomado momentos precisos de la biografía del obispo de Hipona, no para atribuírselas sino para traducir su propia experiencia, su búsqueda personal. Los breves resúmenes de sus errores de juventud que encontramos, por ejemplo, en el prólogo de *La Amistad Espiritual*, o en el capítulo XVIII del libro I del *Espejo de la caridad*, nos recuerdan los errores de Agustín. Por otra parte, Agustín había sido seducido por el *Hortensius* de Cicerón. Su descubrimiento de la obra del orador romano orientó su búsqueda del goce hacia la de la sabiduría. Elredo, por su parte, se ha sentido atraído por el tratado ciceroniano sobre la amistad, el *De Amicitia*, éste le ofreció los medios para orientar su afectividad hacia la estabilidad de los sentimientos, aprendió la sabiduría de amar. En los dos hombres, la lectura de una obra ciceroniana fue el punto de partida de un movimiento de conversión.

Este libro (el *Hortensius*) cambió mis sentimientos, orientó hacia ti, Señor, mis oraciones, las cambió, mudando completamente mis anhelos y mis deseos. De pronto se envileció a mis ojos toda vana esperanza, yo deseaba la inmortalidad de la sabiduría con un increíble ardor del corazón y había comenzado a levantarme para ir hacia ti³¹⁴.

³¹² *Amistad*, I, 46, p. 282.

³¹³ ÉTIENNE GILSON, *La Théologie Mystique de saint Bernard*, Paris, Vrin, 1948, pp. 36-37.

³¹⁴ *Confesiones*, III, IV, 7.

Agustín comprendió que la sabiduría que propone Cicerón no es sino el comienzo de la felicidad, que en sí misma es insuficiente, pues no es Dios. Del mismo modo Elredo tomará conciencia de ello después de su lectura del *De Amicitia*. Gracias a este descubrimiento Agustín, como Elredo después de él, ya no se adhiere a la apariencia, a la ornamentación literaria, sino al fondo; ya no se adhiere a la letra sino al espíritu. La lectura de Cicerón, en Elredo, no ha contribuido directamente a su decisión de abrazar la vida monástica, pero lo ha orientado hacia la lectura –con preferencia– de la Escritura; fue después de entrar al monasterio cuando Elredo se aplicó a la *lectio divina*. Su nuevo género de vida y la escucha de la Palabra le permitieron descubrir lo que no podía darle Cicerón: el nombre de Jesús.

Las analogías entre ciertos episodios de la vida de Agustín y de Elredo hacen del “Prólogo” de *La Amistad Espiritual*, por ejemplo, un resumen de las *Confesiones* que Elredo adaptó a su propia vida, como se adaptaría una obra literaria para el cine, citando abundantemente a Agustín, convirtiendo las afirmaciones personales del obispo de Hipona a su propio uso, lo que hace decir a Pierre Courcelle que Elredo aparece como “obsesionado” por el relato de las *Confesiones*³¹⁵. Elredo modeló el relato de su conversión sobre la escena del jardín de Milán³¹⁶. A causa de otras numerosas semejanzas nos preguntamos si había en Elredo una sinceridad autobiográfica. Es evidente que sí, que Elredo es sincero cuando habla de sí mismo a la luz del relato de las *Confesiones*. Él se inspiró en ese estilo literario y describió su experiencia a partir de la de Agustín, ¡incluso cuando las realidades se oponían! Nutrido profundamente por las *Confesiones*, ha revivido los episodios de su propia existencia para vivir y seguir los pasos del santo, conformarse al modelo luminoso de Agustín, ser un buen monje, sal y luz de la tierra, provocar en otros el deseo de entregarse a Dios.

A pesar de las apariencias, Elredo es totalmente él mismo cuando escribe. La experiencia que comparte con nosotros es realmente la suya. Agustín le ha servido de modelo, de espejo en el sentido de que le ha permitido reconocerse, llegar a ser él mismo, contar su vida hermosamente y hacerlo con humildad, desapareciendo detrás de aquel que lo ha precedido y a quien venera como un maestro de vida espiritual, un maestro de la experiencia. Elredo tiene conciencia de que una obra que se escribe refleja ante todo a alguien, que, en este sentido, es peligroso escribir, por lo menos cuando uno es un monje, un hombre de la sombra que brilla en el secreto, porque el corazón arde a causa de Dios. La escritura puede conducir al orgullo, a salir de las puertas del claustro, puede despojar al monje interiormente del verdadero sentido de su vida. Elredo lo dice cuando le expresa a Bernardo de Claraval su deseo de no escribir, no solamente porque no se consideraba digno de semejante tarea, sino porque consideraba que no es esa la misión del monje: pobre de Cristo, deseaba seguir siéndolo. Y Bernardo le opondrá el argumento de la obediencia para que escriba el *Espejo de la Caridad*: La obediencia, primer grado de la humildad, lo propio del monje por excelencia. La misión del monje es, entonces, hacer lo que se nos pide que hagamos, y esto es ser pobre de Cristo, renunciar a su voluntad³¹⁷:

Te suplico, no lo muestres en público [a este Espejo], pues acaso en vez de brillar en él la caridad, asome más bien la astrosa imagen de su autor³¹⁸.

La imagen del autor... En las *Confesiones*, Elredo ha visto brillar a Agustín, pero también la caridad que lo habitaba y de la que él vivía: ha hablado de ella hablando de sí mismo. Elredo, por su parte, por obediencia a Bernardo, escribió sobre la caridad; él vivía de ella y ella también lo habitaba, pero él se ha borrado, como buen monje cisterciense, para no ser el sujeto brillante de su libro, ni el sujeto de la caridad que lo habitaba, ya que esta caridad es Dios.

... suplico al lector, por el dulcísimo nombre de Jesús, crea que no he realizado esta tarea por presunción, sino obligado por la autoridad paterna, por la fraterna caridad y por mi propia

³¹⁵ Pierre COURCELLE, “Aelred à l’École des Confessions”, *Revue des études augustiniennes*, 3, année 1957.

³¹⁶ *Espejo*, 28, p. 104.

³¹⁷ BERNARDO. “Carta a Elredo”, *Espejo*, pp. 49-51.

³¹⁸ ELREDO DE RIEVAL, *Espejo*, III, 113, p. 253.

necesidad. No obedecer al superior es falta grave, mientras que por el contrario es dulce y alegre tratar en espíritu sobre estas materias con algún queridísimo hermano ausente. Por eso he querido encadenar con los lazos de estas reflexiones las vagas e inútiles consideraciones de mi desordenado espíritu³¹⁹.

Lo que cuenta para Elredo es que el lector no lo vea a él sino a la Escritura, la Palabra que recrea al ser en el interior de su corazón a fin de que el lector se mire allí como en un espejo y se reconozca “imagen de Dios”, a fin de que se adhiera a esa semejanza por una conversión de vida, en este caso la conversión a la vida monástica. Era más importante revelar el rostro del amor, la presencia de Dios en nosotros que da a nuestro rostro su luz, su sonrisa, que revelar su propio rostro.

En efecto, en este *Espejo de la Caridad* a ninguno se le infundirá el rostro de la misma caridad, sino al que permanece en el amor; de la misma manera que tampoco a cualquiera ni en cualquier espejo se le reflejará su imagen, sino a aquel que permanezca en la luz³²⁰.

*Abadía Sainte Marie du Rivet
F – 33124 AUROS
FRANCIA*

³¹⁹ *Ibidem.*

³²⁰ *Ibid*, “Prólogo”, 3, p. 54.